

En el peor de los casos podrá ver reproducidos sus juicios sin mencionarlo y esto es ya una forma de triunfo. Pero sería mucho pedir que el ratero confiese que se viste de lo ajeno.

Espero que su libro le dé una satisfacción tan grande como la que con él me ha dado usted.

ULISES VIAJA AL CASTELLANO*

por Alfredo Cardona Peña

Eso que uno sentía como comenzoncita por dentro cuando el amigo culto nos decía usted ha leído a Joyce y uno contestaba que no y el amigo hablaba de Joyce y lo ponía por las nubes y decía que era un genio y recordaba fragmentos dándose el gusto de pontificar en un tema para uno desconocido no por falta de apetito que se tiene voraz para los libros sino por falta de oportunidad para hacerse de la traducción francesa que era la que se conocía por acá y leerla despacio y tardar meses con diccionario a la mano no entendiendo este párrafo ni este otro y este sí porque es clásico y no vulnera la lógica del discurso y en fin eso que uno sentía como ruborcillo por dentro cuando el amigo culto nos decía usted ha leído etcétera se viene abajo con esta primera traducción castellana de *Ulises* (Bs. As., 1946) de más de ochocientas páginas de tal manera que es un libro muy grueso imitando en formato papel y tipos las ediciones norteamericanas de biblias antologías etcétera todo un alarde comercial vestido con una camisa verde pálido con el nombre de James Joyce en negro Ulises en blanco y en el centro un dibujo muy fino

hecho por un artista francés cuya firma no se lee bien pero la fecha sí pues dice París 1930 y por detrás a manera de gas neón anunciando un dentífrico cuatro fotografías de James Joyce entre sus libros Joyce al piano con el editor Eugene Jolas las manos de James cuatro generaciones de Joyces vamos como quien dice copiando los libros de torería con fotografías de Chiclanero fumando Chiclanero tocando la guitarra Chiclanero entrando a matar las zapatillas de Chiclanero los ex-libris llenos de orgullo comunicando la fecha de la terminación de la obra 1 200 ejemplares en papel Polar que a mí no me gusta quizá por que he visto libros no literarios hechos con ese material y al verlo en las librerías con una tarjetita que decía novedad pensé ya ven cómo tenía razón pues cuando hablaban que no era posible traducirlo al castellano me llenaba de coraje cómo es posible todo pensamiento es universal y la lengua simple accidente susceptible de vencimiento por ese milagro del viaje idiomático y aun el grito del salvaje es capaz de traducirse a la malicia de los idiomas modernos y no digamos el grito del salvaje sino hasta los rumores del viento y la alegría de la mata bajo la lluvia y todo ese "lenguaje" confuso y suboído de la creación en masa que se hace palabra por medio de la poesía que así considerada es la más alta de las traducciones y si esto es cierto porque lo intuimos y la intuición es inapelable cómo no iba a poderse traducir el *Ulises* libro bellísimo y descomunal y lleno de locuras mágico completamente donde se dan cita todos los demonios de la inteligencia que uno no sabe a veces qué cosa es o cómo explicarlo porque el proceso dicursivo de las formas mentales de Joyce no era muy normal entendiendo aquí lo normal como acatamiento a leyes especiales que rigen el mundo de la expresión sin las cuales y no teniendo genio se cae en la tiniebla aquella de que nos habla Homero cuando describe el vencimiento de un héroe.

Destruyendo ese mito de intraducible



que ya se cernía sobre el *Ulises* el señor J. Salas Subirat ha cumplido una hazaña y es por eso que su trabajo es todo un "hit" editorial del que primero en felicitarle fue el editor Santiago Rueda quien vislumbró el gran negocio se frotó las manos y encendió un cigarrillo y de 1940 a 1945 duró el señor Subirat en el purgatorio de la traducción una empresa de negros pues el estilo de Joyce es endiablado y se parece a un señor honorable que saliera a la calle en cueros con una sombrilla colorada montado sobre un onagro toda la gente se reiría de él se pararía el tránsito le tirarían piedras hablarían los periódicos y toda la conmoción urbana provocada por el orate es apenas el murmullo de esa prosa horrible y tentacular que cuando se pone tranquila respira como la noche y es como un niño sabio que contara parábolas y volviendo al



traductor hay que decir que incurre en algunos argentinismos como *macanudo chao* y otras voces que oímos en los tangos y se le olvidó que para *macanudo* y *chao* existen cincuenta sinónimos castellanos lástima porque así el idioma se estrecha y es de mal gusto querer circunscribirlo a un solo lugar porque entonces se llena de barbarismos que son como las pecas de la lengua y esta posición la defendía Menéndez Pidal y todos los partidarios de un castellano sin banderas ni escuditos sino alma de raza y sangre catando pero debemos perdonar a Subirat estos defectos minoritarios en cambio nos rinde un trabajo sabio y sobre todo incorpora a nuestro idioma una obra que ha conmovido a toda Europa y está reputada como el cuadro más denso de nuestra época donde todo absolutamente todo se encuentra representado hasta el mundo primitivo de México pues dos veces cita el autor a los aztecas en circunstancias tan curiosas que no deben olvidarse la primera es cuando un personaje recuerda que en el libro de Pali (?) aparecen dos piernas cruzadas y que bajo un árbol parasol eleva el trono un logos azteca funcionando en planos astrales la segunda es más pintoresca se trata de la descripción que hace otro personaje de las figuras de cera de la calle Henry diciendo *yo mismo vi algunos aztecas o como se los llama, sentados sobre sus talones. No existiría manera de hacer enderezar las piernas, porque los músculos de aquí, ¿ve? —y al hablar diseñó un breve perfil contra la espalda de las rodillas de su compañero en el lugar que ocupan los tendones—. Esos tendones, nervios, o como usted quiera llamarlos, eran absolutamente impotentes debido al tiempo larguísimo que se pasaron sentados de esa manera y adorados como dioses en esa postura.*

Eso de leer *logos azteca* en un libro que está situado a millones de años de luz de nuestro mundo es una sorpresa, una *boutade* sabrosísima, como lo es, también, descubrir el cansancio histórico de las estatuillas

aztecas en el viejo Dublín. Pasando a otra cosa, esta obra es genial por ser la culminación de una serie de esfuerzos que se encontraban diseminados en el espíritu de los escritores de occidente quienes ya habían vislumbrado la posibilidad de escribir una obra semejante reuniendo en ella los signos más dramáticos de la vida contemporánea y Joyce con la grandeza de todo destino literario es el que madura el deseo latente de los intelectuales y por eso y sólo por eso su obra tendrá que considerarse clásica insistiendo que es a tal punto genial que clausura todo intento posterior y cierra la denominación de "joyciana" aplicada a una literatura que no sólo nace con él sino que con él muere.

Claro que como decidió escribir burlándose del estilo crea su propio estilo inconfundible con locura consciente que es la más difícil y entonces se puso a inventar calambures neologismos juegos de palabras y desplantes fonéticos como el que puede hacer una llave en la cerradura y además toda clase de ruidos y una catarata que dice *palafucá palafucá* y cien mil ilusiones por el estilo advirtiendo Subirat que su traducción en muchos pasajes no es literal

sino interpretativa como en el caso de los chistes del señor Lenechan quien dice: ¿qué ópera se parece a una línea de ferrocarril? la solución del acertijo es: *Rose of Castille-Rows of cast steel*. Pero no se puede traducir *ad litteram* Rosa de Castilla igual a Caminos de Acero Forjado y entonces Subirat se pone a buscar con toda tranquilidad un chiste semejante que se parezca por lo menos al original y al encontrarlo ofrece esta versión: ¿cuál es el país que tiene más hoteles? —Suiza, porque es la patria de Guillermo-hotel, de donde Subirat nos viene a resultar el Fú-Manchú de los traductores. Por lo demás yo no conozco el *Ulises* en inglés ni francés y no sabría encontrar los secretos debilidades y fallas naturales a una traducción como la presente pero sé que aun tomando en cuenta todos los errores —insalvables por la misma naturaleza del terreno mental joyciano— en que tuvo que incurrir el osado traductor, no solamente podemos leer sino llegar a la intención universal de la obra y esto es lo que importa y lo demás no cuenta.

Ahora hablaré de la lectura de *Ulises* y creo que después de terminarla está uno como graduado en atención y paciencia es





una lectura muy curiosa porque atormenta pone nervioso y está llena de felicidad belleza horror y asco si se parece a esos viajes muy largos incómodos por ferrocarril que uno hace saliendo un sábado para llegar un viernes comiendo mal mal durmiendo sin bañarse pero que tienen el sobresalto constante del paisaje la compañía amorosa y la esperanza de llegar allá donde nos espera una fortuna y una buena madre el viaje es una molestia que disimulamos una experiencia cuyo pago es riqueza final deleite visible de los abrazos y conocimiento de gentes cuya información nos hará más humanos. Hay veces en que el cansancio nos rinde y tiramos el libro como podemos tirar la almohada en una noche de insomnio otras en que verdaderamente gozamos la contemplación del genio pasajes estancias recuerdos de incidentes de humillaciones de pecados olvidados que estaban allí silenciosos esperando despertar para recriminarnos suavemente amortajados con la piadosa vestimenta del pasado. Yo he descubierto que el secreto de la inmortalidad de una novela no reside en sus virtudes formales sino en la capacidad de evocación que consiste en despertar en nosotros situaciones vividas al amparo de nuestro mundo sensible, afectos condenaciones y triunfos en los que participamos alguna vez, tamizados de innumerables encuentros con la realidad. El primero en enseñarme esto fue Proust. Después Balzac. Ahora Joyce, que supera a los otros no por los elementos puramente literarios sino por la cercanía con la época, por su contemporaneidad: Joyce es el Marcel y el Honorato nuestro y en su *Ulises* encontramos la humana comedia y el tiempo perdido nuestro, comedia y tiempo destrozados por la guerra nuestra, esa que ya llevamos en nuestro espíritu como signo estupendo de una era en completa desintegración de valores.

Los métodos experimentales de Joyce son tan complejos como la vida misma. No se podría tranquilizar un concepto y decir que el plan de la obra sea éste o aquél. Un

libro como el *Ulises*, que inaugura lo que se ha llamado "investigación joyciana", un libro cuyo sendero parece comenzar en el subconsciente, lleno de suciedad y de pureza, un libro, en fin, que inspira libros, tiene que ser forzosamente un libro oscuro. Un libro oscuro no puede llegar a los hombres más que por selecciones, por minorías. La forma en que esa oscuridad sea útil o social no depende de Joyce: depende de lectores atentos, de lectores-escritores que tomen de él no los secretos de la forma, sino el gusto por una novelística nueva, en que las experiencias humanas sean cada vez más vivas, más antitradicionales, más dinámicas. Como simple experiencia mental, la lectura de *Ulises* es fecunda y a ratos ociosa. Irrita su desmesurada extensión y el enredo que resulta de barajar varias situaciones a la vez: los personajes no solamente hablan para los demás sino que piensan para ellos mismos, muestran sus ideas internas y enseñan una mente en constante hervidero, donde cada recuerdo va hilvanando el siguiente, de tal modo que aquello se convierte en una vagabundería atroz y las ideas adquieren las caprichosas vaguedades del humo de un cigarrillo. Además el lector tiene que escuchar al propio Joyce, que en un salón, en una cantina o en una casa de besos es tan minucioso que hasta el ruido de las copas y el cambio de posición en el sofá adquieren la intensidad de un pistoleazo. A los que preguntaran, ya irritados con tanta confusión, qué cosa, en concreto, es el *Ulises*, habría que responderles: no hay en esta obra "argumentos" sino experiencias. Su lectura tiene que decantarse en el ánimo, olvidarse y hacerse intimidad: como en los sueños y ciertos alimentos del intelecto.

"El arte tiene que revelarnos ideas, esencias espirituales sin forma."

"¿Las palabras? ¿La música? No: es lo que está detrás."

Dos afirmaciones elegidas por sorpresa dentro de un caudaloso río de conceptos como se pescan los salmones más próximos,

nos dan el principio joyciano del trasmundo de las emociones artísticas. Pues la función del arte no consiste en la captura física de su realización, sino en el cultivo amoroso de su huella.

El tiempo y el espacio se fusionan en el *Ulises*, y no es posible atender al desarrollo de los acontecimientos, ni preguntarse qué va a pasar en seguida, cuando se diluyan los efectos del alcohol en aquella borrachera infernal de la que participan Esteban Dedalus y Leopoldo Blom "Poldito" sino que nos interesa más el monólogo, la reacción psicológica o el parlamento que comienza a hablar a propósito de una mirada y termina metiéndose en el mar para susurrarnos cosas divinas. También nos interesa la parte muscular de la prosa, su gran física orgánica, por la cual no nos interesa lo que habla un interlocutor sino la forma en que habla, el movimiento de la boca, su salivación, el tono, los ademanes para decir esto es así, los ojos de reojo como los del jesuita, la forma de sacar el reloj, todo un mundo de operaciones en que ya no se lee sino que se ve y se oye como en el cine. Luego los grandes relatos filosóficos, poéticos, históricos: el gusto de escribir como Shakespeare, luego como Rabelais, en seguida como Aristófanes, dándose cuenta de que no se está imitando estilos, sino épocas, edades, hasta terminar en Joyce, escribir como él y terminar con un espantoso parlamento de cincuenta páginas sin un solo signo de puntuación, en donde pone a hablar a la señora de "Poldito" y aquello es como abrir una pajarera o como depositar un mercado en una persona y hay asuntos sexuales interesantísimos y solloza la señora y se ríe y sigue hablando y diciendo que él tenía una linda mano gorda la palma siempre húmeda no me importaría sentirla etcétera y así hasta llegar al punto final como el minero que se asfixia y sube a la superficie y leer fin son las once y cuarto de la noche y respirar y salir a la calle y no decirle a nadie que hemos terminado de leer el *Ulises*.